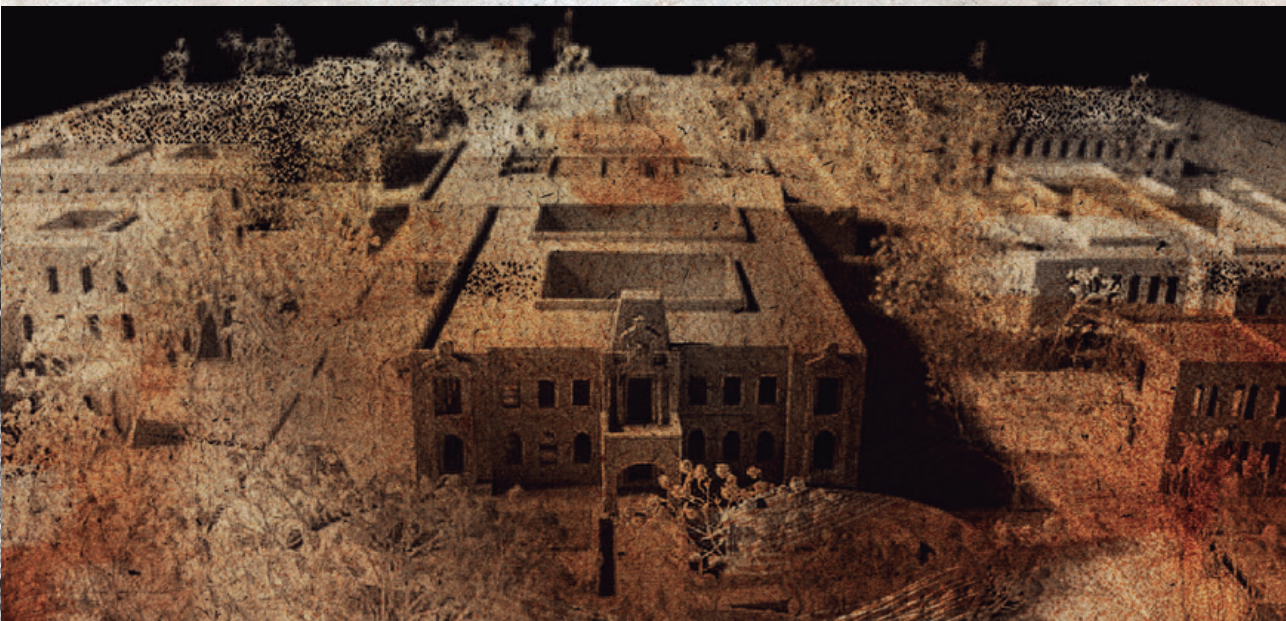


ALEPH

LAS RUINAS CIRCULARES

Idaid Rodríguez

LAS RUINAS CIRCULARES (2015) surge a partir de un sueño (o pesadilla) en que me descubro en el umbral del manicomio, no sé qué hago ahí, ni en qué condiciones me encuentro. Así emprendo una investigación sobre la institución psiquiátrica más importante en la historia de México, el Manicomio General de La Castañeda, con la intención de dar voz a los sujetos que vivieron reclusos gran parte de sus vidas ahí.





Este hospital psiquiátrico se estableció en 1910, bajo la iniciativa de Porfirio Díaz, para conmemorar el centenario de la Independencia de México. Fue la institución más importante en su tipo durante todo el siglo xx. En 1968, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz decidió cerrarlo y enviar a los pacientes psiquiátricos a distintas granjas, ubicadas fuera de la ciudad, como parte de su programa de limpieza, ya que la capital del país sería sede de los Juegos Olímpicos.



Para este proyecto he trabajado en estrecha colaboración con los archivistas a cargo del Fondo del Manicomio General de la Secretaría de Salud, además de arquitectos e ingenieros de la empresa ICA e historiadores del Instituto Mora y del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en busca de aquellos pacientes, médicos y personal que conocieron el manicomio.



Más de 61 mil expedientes conforman el Archivo del Fondo del Manicomio General, que ilustran la lógica de clasificación e inventario de la institución. En este sitio he encontrado distintos restos documentales y materiales del lugar: desde los nombres de quienes fueron trasladados el día del cierre del hospital, en 1968, antes de su demolición, hasta cartas escritas por pacientes (algunas que jamás llegaron a sus destinatarios). También he rastreado los restos de la fachada principal del edificio y he descubierto varios videos documentales de la época que forman parte de las piezas del rompecabezas que integran *Las Ruinas Circulares*. El proyecto consiste en reconstruir en dibujos, renders y piezas sonoras los últimos días de La Castañeda, a partir de un proceso de entrevistas al personal que laboró en el manicomio: médicos y enfermeras, en paralelo con una investigación en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud.

De este modo, fungiré como un médium con el propósito de documentar el trance, desmantelamiento y desalojo de este sitio y la experiencia de redescubrimiento de la transformada ciudad, por parte de los protagonistas.

Tomando como punto de partida las narraciones orales de las distintas personas que protagonizaron estos hechos, realicé, a manera de recreación de sus recuerdos tres series de dibujos. Además, una serie de piezas sonoras, un render y maqueta que funcione como un *enviroment*, reconstruyendo los espacios, lugares y atmósferas que han desaparecido y que subsisten como fantasmagorías de una época en particular.

TESTIM



Yo trataba de estar ahí el mayor tiempo posible en la mañana, y a la hora de la comida me salía porque el olor de la comida era como olor a grasa, con lo húmedo y todo... entonces a mí me daba náuseas el olor de la comida, con lo húmedo y el olor del pabellón, ¿no? como a orines, a sucio, ¿no? Yo decía: yo me voy porque si no aquí no sé qué me pase. A la hora de la comida yo corría y me iba a la casa para después poder hacer mis cosas o ir a clases o lo que tenía que hacer.



Era poco el personal y además los médicos que iban, pues también eran estudiantes de la universidad, pero ellos eran más adelantados y tenían ahí algunas clases que ellos daban a otros estudiantes de medicina o de psiquiatría; había aulas adentro del mismo pabellón para que los médicos les dieran clases a los otros médicos que iban para psiquiatría.

ONIOS



A esa hora si podíamos hablábamos con el doctor. Él nos disipaba nuestras dudas. Era muy buen médico, porque él decía que cualquier duda, fuera la que fuera, aun la más tonta, era mejor que la preguntáramos, para no seguir cometiendo errores. Entonces teníamos la confianza siempre de preguntarle a él todo lo que se nos ocurría... y de ahí ya empezábamos a ver a las pacientes que nos tocaba ver, ¿sí? y eso quería decir que nosotros teníamos siempre la posibilidad de llamar si es que algún paciente se ponía agresivo.



El maestro Agustín Caso nos daba clase a la primera hora que llegábamos en la mañana, a las 10, dos veces a la semana. Él nos reunía a médicos y psicólogos y nos daba clase sobre lo que pasaba en el pabellón y los problemas que se presentaban. Cómo debería uno como profesional comportarse en el pabellón... porque nosotros estábamos expuestos a todo tipo de cosas, porque había todo tipo de pacientes mujeres, porque acuérdate que era el pabellón de mujeres.



Yo tenía que entrevistar a las enfermas, poner las notas en los expedientes de cómo estaban, qué les pasaba, si habían tomado su medicamento. Básicamente les oía las quejas que tenían y yo las tenía que anotar en el expediente, ¿sí? entonces, básicamente lo que quería el doctor Caso era que nosotras le diéramos atención a los pacientes, no tanto dar ni un diagnóstico ni un tratamiento: estábamos ahí básicamente como escucha, para escuchar y aprender.

Tuvimos muchas experiencias ahí, en terminos de que al principio, cuando llegabas, el olor a humedad era el que más impactaba, porque precisamente esos muros y todo hacía que la humedad se sintiera más, ¿no? Cuando sacaban los colchones a ventilar los ponían en el patio para que se secaran, porque, tú sabes, resultaba que los... las pacientes tenían en la noche accidentes, ¿no? de la pipí o de la popó, entonces limpiabas y se ponían a ventilar los colchones, haz de cuenta como recargados sobre la pared del patio y ahí se ventilaban.



Hasta donde yo sé, estaba la parte de la dirección de La Castañeda, unas oficinas que eran prácticamente como administrativas, ¿no? después estaba el pabellón de los hombres, estaba el pabellón de mujeres, estaba el pabellón de agitados... debe haber habido un pabellón de jóvenes, pero yo nunca fui ahí porque era muy grande y era un lugar muy padre... muy padre si no ibas internado, porque el lugar estaba lleno de árboles, y las salas, los pabellones estaban hechos con piedras muy gruesas, muy hecho al estilo del tiempo de Díaz, ¿no? porque fue Porfirio Díaz quien lo mandó a hacer. Porfiriano era el hospital.



Me acuerdo muy bien que había una señora que era muy alta, pelirroja y yo decía: “con esta señora sí hay que tener cuidado, porque ella no quiere ser agresiva, pero de repente se levanta, se pone amenazadora”, entonces tú tienes que ser la que haga sentir a la señora que tú no tienes miedo y que tú tienes el control, ¿sí? Era muy impactante porque el escritorio que teníamos no era como los escritorios que tienen ahora, eran escritorios de lámina, grises, angostitos, ¿no? donde cabían casi dos hojas papel carta; entonces tú quedabas muy cerquita del paciente, entonces tú estabas escribiendo, la paciente estaba del otro lado, si se levantaba, parecía que se te venía encima ¿no? y era muy alta y era pelirroja”.